

La política y la violencia

EL canje del prisionero chileno Luis Corvalán por el soviético Bukovski es insólito. Tiene pocos precedentes. Aparte de algunos casos de espías intercambiados, que se suelen hacer con una discreción máxima, no es frecuente que los países intercambien sus propios presos políticos, sus propios súbditos. Siendo un hecho satisfactorio, tiene el aspecto repugnante de la disponibilidad que algunos Estados tienen de sus ciudadanos acusados de delitos políticos y nos plantea un tema de siempre, aunque no se evoque con la frecuencia que sería de desear, que es el del terrorismo de Estado. Muchos de los Gobiernos que se reúnen para tratar de acabar con el otro terrorismo lo están ejerciendo con un aspecto de legalidad dentro de sus países. Estamos viviendo en una sociedad que moralmente se nutre de las doctrinas de su victoria en la segunda guerra mundial, y que ha puesto el rostro del terror de Estado en la imagen de Hitler, y que ha sentado jurisprudencia en los juicios de Nuremberg: sin embargo, esta sociedad dominante está permitiendo, sosteniendo, alentando, docenas de pequeños Hitler en el mundo, docenas de tiranos metódicos o de fantasía cruel que aherrojan a sus súbditos y desprecian todo el basamento de los derechos del hombre que más o menos suscriben. El estado de la libertad en el mundo es malo. Y no hay que distinguir en este mal este Oriente y Occidente, mundo desarrollado o mundo pobre. Los progresos de la democracia en unos cuantos países no nos pueden hacer olvidar que seguimos viviendo en un mundo donde la mayoría de los países que se sientan en las Naciones Unidas tienen regímenes dictatoriales, y esos regímenes están instalados en detrimento de sus súbditos.

Luis Corvalán ha sido definido por Moscú, que le acoge a su liberación por Pinochet (está en la cárcel desde el golpe de Estado, y ha pasado por condiciones espantosas) como uno de los

dirigentes comunistas más preclaros del mundo. Es un antiguo militante, que llegó a funciones de gobierno por la vía electoral que llevó a la coalición de izquierdas presidida por Allende al poder en Chile. Dentro de esa

revolución, de no haber eliminado la resistencia de las derechas, de no haber asegurado el país contra un golpe de Estado como el que sucedió. A pesar de esa legalidad, todo el Partido Comunista chileno ha sido ex-

nado en un asilo psiquiátrico, y de sus experiencias surgió el libro que escribió: "Una nueva enfermedad mental en la URSS: la oposición". Bukovski denunció por primera vez la utilización de los sanatorios psiquiátricos en la Unión Soviética como castigo de disidentes políticos, sobre unas bases de "reeducación". Recordemos que una rama de la psiquiatría occidental, la antipsiquiatría, acusa también a los sanatorios de enfermedades mentales al uso de castigar o reprimir precisamente a aquellos que al ser considerados como marginales o antisociales perturban el orden conocido, de donde la psi-

Eduardo Haro Tecglen

coalición, el Partido Comunista chileno sostuvo una posición moderada, de contención de otros grupos extremos que pretendían la instauración inmediata de una administración revolucionaria. Corvalán fue precisamente acusado por su izquierda de no haber llevado a fondo la

terminado y perseguido, y Corvalán fue una de sus primeras víctimas.

En cuanto al biólogo Bukovski, conoce las prisiones desde el año 1967, en que fue internado por primera vez por haber querido defender a otro disidente, Alejandro Guinzburg. Fue inter-



A pesar de la legalidad defendida por el PC chileno durante el Gobierno de Allende, todo el partido ha sido exterminado y perseguido bajo Pinochet, y Corvalán fue una de sus primeras víctimas.

La política y la violencia

quiatria oficial tendría también un "roll" político de represión. Sin embargo, en la URSS, siguiendo el libro de Bukovski, el internamiento psiquiátrico como represión se hace directamente y sin metáforas.

Como consecuencia de su libro, difundido en la URSS en forma de copias, mecanografías y publicidad en el extranjero ("Une nouvelle maladie mentale en URSS: l'opposition", Ed. du Seuil, París), fue detenido de nuevo en 1971, y juzgado y condenado a siete años, cinco de los cuales en prisión y otros dos en un campo de internamiento. Ante sus jueces, declaró: "Jamás renegaré de mis convicciones. Y las expresaré en virtud del derecho que me concede la constitución. Nunca cesaré de luchar por la legalidad y la justicia". Bukovski ha intentado varias huelgas de hambre, y sus familiares y amigos no han cesado en sus gestiones en el exterior para conseguir su libertad. En octubre, el académico Sajarov (1) inició las gestiones para conseguir el canje. Las solicitudes fueron enviadas a Willy Brandt, a Kreisky —canciller de Austria— y a Kissinger. Según parece, los Estados Unidos han intervenido activamente en la mediación, y es probable que un nuevo crédito anunciado para Chile esté en relación con este hecho. A los Estados Unidos les puede interesar sobremedida que haya una imagen "clemente" de Chile y de Pinochet, y también que haya un propagandista más contra el régimen soviético por el mundo: Solzhenitsyn ha sido ya suficientemente explotado. No se sabe aún si Bukovski, que parece haber elegido provisionalmente Londres como lugar de residencia —no ha sabido que iba a ser canjeado y enviado al extranjero hasta el momento mismo en que se le envió a Suiza por avión—, adoptará la línea de Solzhenitsyn, que a pesar de todo ha servido más a la Unión Soviética que a los Estados Unidos, al aparecer como un espécimen de fascista de los que quedan pocos en el mundo.

El problema de los prisioneros políticos en el mundo, que se pone de manifiesto una vez



Bukovski denunció por primera vez la utilización de los sanatorios psiquiátricos en la Unión Soviética como castigo de disidentes políticos, sobre unas bases de "reeducación".

más con este canje, es un problema creciente. Aparece bajo una forma u otra en países que tienen fama mundial de clementes y democráticos: con toda su crudeza en aquellos otros que alegan una disciplina y una rigidez de sociedad para mantenerse. Muchas veces se ejerce como una sorda presión sobre los llamados "disidentes". En las carteleras españolas hay una película, profundamente anunciada como un "thriller", a base de sangre —que no le falta— y suspense —que se exagera—, que es "Marathon Man": el fondo es un suicidio antiguo, de un profesor de los Estados Unidos perseguido y humillado por la etapa del senador MacCarthy en el poder —un poder paralelo, como suele ejercerse en muchos Estados, por encima de los del Gobierno y los representantes— que eligió el suicidio como consecuencia de la persecución. Y la consecuencia: su hijo, obsesionado por correr y correr, más que hacia una meta de maratón, como huyendo todavía de algo que le aterró en su infancia. Un fondo de nazis truculentos —como el "El portero de

noche"— añade una cuestión al fondo: el espectro no ha cesado. El mal está siempre presente.

La política ha sido siempre una relación de fuerzas. Todo lo demás es un traje que se le ha puesto, y todos los tratados de politología, y todos los escritos de los maquiavelo a lo largo de la Historia del mundo no bastan para ocultar que es el empleo de una fuerza contra el empleo de otra. Hay circunstancias en que esa violencia se hace patente y estalla. En España hemos visto en un momento en que la política tiende a canalizarse por vías de influencia del pueblo sobre las materias de Gobierno —con una resistencia terrible por parte de algunos poderes— como todo se violenta, en la forma del repulsivo suceso que ha hecho su víctima a una de las personalidades más conocidas de la extrema derecha, don Antonio Oriol y Urquijo, para poner de manifiesto la existencia de presos políticos, a los cuales se les restringió la aplicación de la amnistía en virtud de unas aplicaciones de delitos paralelos, como el del terroris-

mo. Y hemos visto o estamos viendo cómo otros grupos responden prometiendo ríos de sangre. Los ríos de sangre que se hacen correr en la Argentina, por no citar más que a uno de los países que están en el mundo de la violencia. Como Chile, como Irlanda o el Líbano, donde la crispación política ha llegado a un terreno de exacerbación del que ya no puede salir.

Muchos años de propaganda en favor de una política contenida en las reglas de juego de la democracia, que debe excluir la violencia y la sangre, han servido de algo, pero no de todo.

Miles, quizá cientos de miles de personas en el mundo entero están encarcelados ahora en el mundo por sus ideas políticas. Cientos de miles, o sin duda muchos millones de seres humanos viven en el terror de expresar sus ideas para no ser asesinados o encarcelados.

No es este un problema en el que jueguen nociones de izquierda y de derecha. Es un problema profundo del mundo: tiene que depurarse de él si quiere iniciar la verdadera era que se promete a sí mismo. ■